

Nuestro cinema

Título:

El cinema y la guerra. A propósito de "Las Cruces de Madera"

Autor/es:

Dreyfus, J. P.

Citar como:

Dreyfus, JP. (1932). El cinema y la guerra. A propósito de "Las Cruces de Madera". Nuestro cinema. (1):21-23.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42783>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



»— ¡Tenemos sed de ciencia! ¡Tenemos sed de ciencia!

»El presidente del Soviet local la conducirá en un automóvil al lujoso palacio de la ciencia, en donde se le ofrecerán varias habitaciones con una bella sala de baño. Para reposarse de su largo viaje, la institutriz se desnudará y se meterá en el baño, bajo la ducha. Los chorros de agua ocultarán lo que el pudor nos impide mostrar. Sin embargo, el espectador tendrá el tiempo suficiente en regalarse contemplando sus bellas líneas. Durante el almuerzo, la institutriz podrá darse cuenta de que el presidente del Soviet local no es menos adorable que el novio que ha dejado en Moscú. Una novela blanca—o azul—se encargará de... etc., etc.»

Por eso afirmamos que, dígame cuanto se diga, y pese a las acusaciones pesimistas, la segunda parte del film acciona sobre el espectador como una llamada a la lucha, le moviliza de una forma eficaz, muestra la inconsciencia criminal de ciertos intelectuales que reculan ante los sacrificios impuestos a los «pionniers» de la cultura en las regiones salvajes.

Es necesario estar desprovisto de toda facultad sensible para decir que una cacofonía electriza porque se lanzan hurras estentóreas y que el film «Sola» no puede hacerlo porque se ven gentes que sufren.

Yo he sido llamado a tomar parte en esta discusión, provocada por el peligro de que nuestra cinematografía pueda caer en ese film de imágenes y de mentiras.

No ha sido embelleciendo nuestras condiciones de vida por lo que nuestro partido ha suscitado una oleada de entusiasmo. Ha sido despertando y descargando las críticas populares mismas contra nuestros defectos.

Nuestro partido jamás ha disimulado ante los obreros, ante los intelectuales ni ante los campesinos, que la edificación del socialismo no era un juguete, que todo esto exigía sangre y sudores, tensión de nervios, sacrificios... Pero ha sabido demostrar también a las masas populares que la ruta hacia la existencia humana no pasa más que por estos sacrificios y por estos esfuerzos.

¡Que nuestro cinema sepa mostrarnos el viejo estado de cosas que quería empujarnos al pantano del capitalismo y a la miseria, mostrándonos al mismo tiempo estas alas de acero que nos elevan hacia el Sol!

K A R L R A D E K

EL CINEMA Y LA GUERRA

A propósito de "Las Cruces de Madera"

La tensión política, la muerte de Briand, la guerra de Shanghai, la actividad de los nacionalistas y el estado de la Economía mundial han recalentado los espíritus lo suficientemente para que un film de guerra, lanzado cuidadosamente, con toda la publicidad deseable y toda la mentira oficial, obtenga en la hora presente un gran éxito de curiosidad y de interés.

Puede asegurarse que en la espera de los productores de «Las cruces de madera» no ha habido decepción. El film ha llegado a la pantalla del Moulin-Rouge aureolado por la «gloria» de millón y medio de franceses muertos; poetizado por los sollozos de una prensa de cuya abominable banalidad tenemos las suficientes pruebas; santificado por la presencia de todas las «augustas personas» que le han concedido el honor de aplaudirlo.

Estas «Cruces de madera» están basadas en una «novela de Dorgelès sobre la vida y la muerte de un pelotón de soldados».

Del libro solamente sabemos que la idea de la patria, de la Bandera, del heroísmo o, simplemente, de la necesidad gloriosa, se encuentra ligada a los cadáveres.

¿Qué podríamos decir del film? Él ha seguido escrupulosamente al libro,

del que solamente se ha descartado—de común acuerdo entre los señores Dorgelès y Natan—algunos pasajes que habrían podido parecer un poco reforzados: el tiro de la artillería francesa sobre sus propias oleadas de asalto, los permisos, etc.

Ante todo es evidente que, cuando un film acomete una cuestión tan grave como la guerra, la posición que él tome *vis-à-vis* con el problema mismo regirá nuestra actitud.

Un film de guerra debería ser objetivo: debería mostrarnos cómo y por qué vienen las guerras, por qué terminan y por qué vuelven de nuevo. Debería indicarnos los responsables, los dirigentes, señalar los jefes...

En lugar de esto, nada. Toda una sentimentalidad sobre la que se arrastra el olor rancio de un *patrioterismo-paternoster*, de los redobles de los tambores, de los clarines, de los obuses, de las granadas, de las ametralladoras, del fango, Y, mezclados por tierra, vivos o muertos, a los hombres.

Un film de guerra debería mostrarnos la inutilidad (para los del frente) de la guerra tanto como su horror mismo.

Pero el ejemplo de «Las cruces de madera» nos demuestra que el horror de la guerra puede ser un pretexto lírico, una escuela de heroísmo o de grandeza de alma.

Si, por el contrario, llegase a persuadirse a los hombres de que no es por la «patria» por quien se batan, sino por el provecho de unos cuantos, tal vez llegasen a reflexionar un poco antes de partir hacia el frente, y reünirse a sus cuerpos en los tres días—o las tres horas—de su movilización...

La sangre, la muerte, el sufrimiento, el polvo, el frío, el barro; todo esto no puede adquirir su verdadero valor más que cuando se conocen las causas de su sufrimiento. Los mártires pasan por ser unos infelices. Pero los soldados que no llegan a ser héroes no son más que mártires voluntarios, cosa que les resta todo el sadismo del sufrimiento. Sin embargo, se consigue ocultar toda esta sangre, todo este barro, todo este sufrimiento bajo la seda—plata y oro—de las banderas; se consigue ahogar los gritos de los heridos con el redoble de los tambores; se nos dice—como los sacamuelas—: «Es por Francia, por la buena causa». Cuando cada uno nos asegura que Dios está con él, cuando se nos muestra a los hombres partir hacia el asalto con hurras en los labios, cuando vemos luego a estos hombres salir de las batallas, enderezando sus espaldas curvadas y marcando el paso con un aire marcial ante los oficiales y el general que les pasa revista a los acordes entusiastas de una banda, no podemos escandalizarnos.

Pero en cambio, llevando las cosas todavía más lejos, se nos muestra la salida de los soldados hacia Berlín; a las mujeres (que no se lanzan sobre los raíles) arrojando flores y promesas para satisfacer su histerismo natural; se nos hace escuchar la misa y las plegarias de los «poilus» a «Notre-Dame des Biffins», se pronuncian palabras heroicas: «Hay que certarte dos dedos.—Me es igual; yo no soy pianista.» Y cuando las escenas duras, penosas, son substituidas inmediatamente por el coro de los soldados en reposo—grandes bromas, irresponsabilidad, correspondencia, confusión de clases (la gran vida, ¿no?)—, tenemos el derecho de invitar a todos cuantos piensan como nosotros a levantar una protesta contra este film y a denunciar la peligrosa propaganda que puede hacer bajo el manto del Pacifismo.

La satisfacción del *Figaro*, de *L'Ami du Peuple*, de *L'Echo de Paris*, etc., son una garantía de cuanto decimos y la seguridad de que no nos equivocamos. Es demasiado evidente su placer al constatar que este film «no se decide por ningún partido», sino que «se limita a demostrar los horrores de la guerra, sobre los cuales todo el mundo está de acuerdo». («¿Existen todavía gentes que se llaman belicosos?», se pregunta hipócritamente *L'Echo de Paris*.)

Si se compara «Las cruces de madera» con esos idílicos films de guerra donde las imágenes de la muchacha alternan graciosamente con las de las cargas a cuerpo descubierto, y en los que el desfile de la victoria es el final preferido, el film de Raymond Bernard és, sin duda alguna, un film

bien hecho. La reconstrucción de las escenas de batalla tiene la pujanza, la amplitud y la violencia deseable. La pantalla se agranda. Es terrorífico. La fotografía también es buena. En cambio, algunas escenas son bastante medianas: la mina, la muerte del cabo, la muerte del estudiante, por ejemplo.

Si técnicamente la realización es buena y sobrepasa en muchas ocasiones (en los combates sobre todo) a las de «Cuatro de Infantería» y «Sin novedad en el frente», no es menos verdad que el film francés es todavía un poco inferior al film alemán y al yanqui. «Cuatro de Infantería» es más sombrío y más duro. «Sin novedad en el frente» descubre algunas cuestiones sobre la guerra. Nada de cuanto hay en «Las cruces de madera» equivale, ante nuestros ojos, al ataque de los franceses en «Sin novedad en el frente»: los hombres, enfadados los unos con los otros por el estampido de las ametralladoras; el cuerpo que cae ante nosotros, debatiéndose como un saco, mientras que sus manos y los trozos de sus brazos cortados por la metralla quedan en el aire, colgados en las alambradas.

Nosotros consideramos que un film que no lucha *contra la guerra* no puede ser más que un film *para la guerra*.

Y nos afirmamos en esta actitud haciendo un balance de la «asistencia escogida» que integró la primera presentación de gala: asistencia de gobernantes, políticos, generales, mujeres del «gran mundo»... Asistencia que no se sintió sonrojada, abofetada, barrida de la sala, poniendo a salvo, peligrosamente, los mariscales sus bastones; los políticos, sus gorros engalanados; la mujeres de mundo, sus blusas de enfermeras... Por el contrario, esta asistencia «lloró, rió y ovacionó»... Resumiendo sobre todo esto: nosotros concluimos por afirmar que «Las cruces de madera» es un peligroso film de tendencias belicosas que debe ser combatido en nombre de las ideas que nos son tan queridas.

El público, el verdadero, no el oficial, parece haber comprendido. Algunas manifestaciones se han producido ya. «¡Abajo la Guerra! ¡Abajo el Ejército!» se ha gritado en el momento en que los hombres, de vuelta de un ataque, se asean y se uniforman para desfilan ante el general, dejándose exaltar por el ruido engañoso de las trompetas y los tambores y por las aclamaciones de las mujeres.

Los que sufrirán las consecuencias de la guerra de mañana han demostrado claramente sus protestas ante tales demostraciones.

J. P. D R E Y F U S

¡Viva la Libertad!, film
de René Clair.

Foto: Tobis-Filmófono.

